

Escuela Sabática tercer trimestre 2019

LB

INTRODUCCIÓN AL TRIMESTRE

Leemos en la Guía de estudio:

Los adventistas somos llamados a proclamar “el evangelio eterno” (Apoc 14:6) a todo el mundo. Al hacerlo, simplemente estamos obedeciendo las palabras de Jesús de hacer discípulos, bautizarlos y “enseñ[arles] que guarden todas las cosas que os he mandado” (Mat 28:20) y entre las cosas que él ordenó fue que nos ocupáramos de los que sufren, de los oprimidos, los pobres, los hambrientos, los presos” (Guía, 2)

Muy cierto. Los comentarios que siguen no debieran verse en modo alguno como una discrepancia respecto a lo expresado en la Guía. Mi propósito es reflexionar en el alcance y significado de nuestro ministerio de beneficencia dentro del contexto del evangelio eterno y de la misión que Dios nos ha encomendado como iglesia.

Históricamente, nuestra iglesia siempre se ha caracterizado por una intensa acción social en favor de los pobres, enfermos, oprimidos, etc (pensad en Dorcas, ADRA, etc). En relación a otras iglesias con muchos más recursos económicos, la Iglesia Adventista siempre ha destacado por su gran obra social, médico-misionera entre otras. Es bueno recordarlo.

No obstante, debemos ser claros respecto a la motivación y centralidad de ese tipo de acción, puesto que también los gobiernos, los ayuntamientos, la seguridad social, las ONG (Cruz Roja, Medicus Mundi, Cáritas) y hasta en ocasiones los bancos se ocupan de “los que sufren, de los oprimidos, los pobres, los hambrientos, los presos”. Gran parte de esas instituciones son ateas o arreligiosas, y algunas de ellas no tienen precisamente lo que podríamos llamar un alma caritativa.

Leemos en la Guía:

En otras palabras, *además de* la proclamación de las grandes verdades sobre la salvación, el santuario, el estado de los muertos y la perpetuidad de la ley, debemos atender las necesidades de los demás (p. 2)

Observad esta expresión clave: “Además de”. La Guía expresa claramente que la obra benéfica a cuyo estudio dedicaremos este trimestre no es lo principal en nuestra acción. La predicación del evangelio es el centro de nuestra misión: el mensaje del evangelio en el contexto de “la hora de su juicio”. Dicho mensaje no es de ninguna forma un complemento o apéndice de la obra social, sino que es nuestra razón de existir como un pueblo separado. Es la obra social la que es complementaria -y

consustancial- a la predicación del evangelio. La beneficencia es algo a realizar “además de”.

En realidad, la obra de beneficencia está incluida en nuestra respuesta al evangelio que creemos y predicamos, pero no es su rasgo principal ni se la puede considerar “verdad presente” o mensaje específico para nuestro tiempo, ya que, como Cristo dijo, “*siempre* tendréis a los pobres con vosotros” (Mar 14:7).

¿Recordáis el contexto de esa declaración de Jesús?

Entonces algunos se enojaron dentro de sí, y dijeron: —¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume?, pues podía haberse vendido por más de trescientos denarios y haberse dado a los pobres (Marcos 14:4-5)

Podéis comprobar que incluso algo tan noble e importante como la labor benéfica, puede transformarse en un obstáculo, en un impedimento para los planes de Dios, cuando no se enmarca en el contexto adecuado, especialmente si se pierde el foco en Cristo y el evangelio.

Ved cómo resume Pedro nuestra esperanza:

Nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia (2 Ped 3:13)

“Cielos nuevos y tierra nueva” es la herencia que Dios nos ha prometido, junto con la justicia para morar en ellos. Ese será el resultado final de la obra de Dios en Cristo, en el plan de la redención. Él no nos ha prometido progreso o prosperidad en esta tierra, ni solución a los problemas sociales del mundo en este siglo. Esa es la solución (quimérica) del humanismo y de los gobiernos civiles.

Es preciso observar cuál es la tendencia del mundo religioso que nos rodea, a fin de no ser arrastrados por ella. Habiendo perdido en gran parte la perspectiva bíblica de la pronta destrucción de este mundo, del pronto regreso de Jesús, el cristianismo popular ha centrado su foco en el aquí y el ahora, en el bienestar presente en este mundo. En consecuencia, ha enfatizado la acción social (ecología, defensa del medio ambiente, defensa de la familia, derechos de los trabajadores, lucha contra la pobreza y desigualdad, y un larguísimo etcétera). Esos son rasgos destacados en la iglesia emergente, que está a medio camino entre el reino de los cielos y los reinos de este mundo.

¿Creéis que Dios suscitó el movimiento adventista, cerca de 1844 -momento en que Cristo entró al lugar santísimo del santuario para el borramiento del pecado- con la finalidad de que contribuyamos a que la gente que nos rodea viva unos años más gracias a una dieta saludable, a que tenga salarios más dignos y mayor igualdad, sólo para terminar en el cementerio y resucitar para condenación eterna después del milenio?

Es imperativo que al considerar nuestra obra benéfica no perdamos la perspectiva del conflicto de los siglos y de la misión que Dios nos ha encomendado como iglesia, que

no consiste en cooperar en que los cementerios se llenen de los restos de personas sanas, prósperas y que lograron la igualdad, sino en contribuir a llenar el cielo de seguidores de Cristo, incluso si en esta tierra sufrieron opresión, pobreza o desigualdad. Recordad las bienaventuranzas: no centran la esperanza en esta vida sino en el mundo por venir.

Ved lo que escribió Ellen White respecto a la prioridad de nuestra misión:

Juan escribe: “Después de esto vi otro ángel que descendía del cielo con gran poder, y la tierra fue alumbrada con su gloria. Clamó con voz potente, diciendo: ‘¡Ha caído, ha caído la gran Babilonia! Se ha convertido en habitación de demonios, en guarida de todo espíritu inmundo y en albergue de toda ave inmunda y aborrecible, porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación. Los reyes de la tierra han fornicado con ella y los mercaderes de la tierra se han enriquecido con el poder de sus lujos sensuales’. Y oí otra voz del cielo, que decía: ‘¡Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados ni recibáis parte de sus plagas!, porque sus pecados han llegado hasta el cielo y Dios se ha acordado de sus maldades’” (Apoc 18:1-5).

Satanás mezclará de tal forma sus engaños con la verdad, que surgirán asuntos secundarios para distraer la atención de la gente del tema principal: la prueba que ha de sobrevenir al pueblo de Dios en estos últimos días. Sé por la luz que Dios me ha dado, que el mensaje del evangelio para este tiempo se está dejando de lado para realizar la obra en favor de los menos favorecidos. Esta obra se está convirtiendo en la actividad predominante en este tiempo, pero Dios no ha dispuesto que sea así. Esa es una obra que nunca termina, y si se sigue desarrollando tal como se ha venido haciendo en el pasado, su consolidación requerirá todos los poderes del pueblo de Dios, y la obra de preparar un pueblo que se tenga en pie en medio de los peligros de los últimos días no se realizará nunca (14 MR 160.2)

Todo el que haya oído y aceptado el mensaje del tercer ángel debe poner cada vez más en alto la bandera de la verdad, libre de mancha y corrupción. Vi grandes compañías absortas en la obra a favor de los marginados, mientras que en toda la viña del Señor había campos maduros para la cosecha que estaban destituidos de la verdad. Toda organización entre nuestro pueblo, tanto como toda persona individualmente, es responsable ante Dios de dar el último mensaje de advertencia al mundo con voz potente. Se deben hacer llamados decididos y enérgicos de la mejor forma posible (14 MR 160.3)

En la Guía se cita Mateo 25 (vers. 31 y siguientes):

Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui forastero y me recogisteis; estuve desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y fuisteis a verme.

Observad que los redimidos habrán realizado todas esas obras, pero no tienen constancia o registro de ellas; no son conscientes de haberlas realizado y reciben el elogio con sorpresa (vers. 37). Las realizaron impulsados por el amor; no para asegurarse la salvación. No tuvieron que ponerlas en una lista de obligado cumplimiento, sino que surgieron de forma espontánea de un corazón en el que moraba Cristo.

Es bueno recordar esto que escribió Pablo:

Si repartiera todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregara mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve (1 Cor 13:3)

Por desgracia, es posible la realización de obras de caridad y hasta el martirio, y no obstante, recibir la reprobación junto a los que no tuvieron la auténtica fe, que siempre obra -y sólo obra- *por el amor* (Gál 5:6).

Como sabéis bien, el amor no es algo innato en nosotros, sólo Cristo nos lo puede dispensar (Rom 5:5), y sólo nos lo puede dar cuando lo seguimos allá donde él está ahora, en su ministerio en el lugar santísimo del santuario para borrado de pecados, para purificación de los corazones en preparación para el sellamiento, el fin del tiempo de gracia, las plagas y su segunda venida.

A propósito del valor que tiene la obra benéfica para llevar a las personas a Jesús, la Guía cita una declaración de E. White que últimamente se prodiga mucho, pero que quizá se comprende sólo en parte:

Sólo el método de Cristo será el que dará éxito para llegar a la gente. El Salvador trataba con los hombres como quien deseaba hacerles bien. Les mostraba simpatía, atendía sus necesidades y se ganaba su confianza. Entonces les pedía: “Sígueme” (MC 102)

Después de tratar a los hombres como deseando hacerles bien, después de mostrarles simpatía y atender sus necesidades, tras ganar su confianza, ¿les pedimos *realmente* que sigan a Cristo? Esa simple palabra: “Sígueme”, está cargada de significado.

Este es un rasgo destacado de los seguidores de Cristo en el último tiempo:

Siguen al Cordero *por dondequiera que va* (Apoc 14:4)

¿Os parece que es importante que les pidamos que sigan al Cordero “por dondequiera que va”? ¿Pueden seguirlo en algún sitio en donde el Cordero no esté, en algún sitio por donde el Cordero no vaya? ¿Les invitamos a que sigan a Cristo por donde Cristo va *ahora*?

¿Dónde está ahora Cristo? -Está completando su expiación final *en el santuario celestial*, cuya purificación no puede avanzar más deprisa que la purificación de nuestros corazones en esta tierra, en preparación para el fin del mundo y su venida en las nubes. ¿Es ahí, a esa comprensión adonde los llevamos?, ¿o los llevamos más bien a incorporarse en comunidades donde se sientan bien en esta tierra? Si tal fuera el caso, no les estamos invitando a seguir a Cristo, sino al humanismo pseudo-religioso. “Santuario” significa evangelio: Cristo en la cruz, y Cristo en su intercesión en el presente. Es ahí donde hemos de invitarles a ir.

La Guía cita la parábola del buen samaritano a fin de animarnos a *hacer* lo mismo que él, es decir, a *hacer* obra benéfica y manifestar compasión. Tal fue la enseñanza y práctica de Jesús.

Cuando estudiamos “servir a los necesitados” (título para el trimestre), incluso en el sentido más amplio de servir -no sólo en las necesidades físicas o sociales-, tenemos el peligro de centrarnos en lo que debemos *hacer*, en lo que se espera que *hagamos*. En ese sentido, el resumen de todo cuanto se espera de nosotros es que amemos a Dios sobre todas las cosas y que amemos al prójimo como a nosotros mismos (eso incluye servir a los necesitados).

Pero dada la tendencia natural de nuestro pueblo (históricamente) y de nuestra naturaleza humana caída a centrarnos en la ley y prestar menos atención al evangelio de Cristo recibido por la fe, es bueno que reflexionemos al respecto.

Imaginad que doy una predicación insistiendo en que debemos obedecer la ley. Seguramente le encontraríais un sabor legalista. El mensaje no es erróneo, pero *no estoy predicando el evangelio*, sino la ley. Ahora imaginad que no predico que debemos obedecer, sino que debemos amar a Dios sobre todas las cosas y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Eso, desde luego, tampoco es erróneo, y suena francamente mejor, pero os hago esta pregunta: al predicar que hemos de amar a Dios y que hemos de amarnos entre nosotros y especialmente a los necesitados, ¿estoy predicando el evangelio, o estoy predicando la ley?

¿Qué es lo que dice la ley?

Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la *Ley*? Jesús le dijo: —“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente”. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. De estos dos mandamientos dependen toda la *Ley* y los Profetas (Mat 22:36-40)

“Amarás a Dios y a tu prójimo” *es la ley*. Todo lo que hemos de *hacer* en respuesta al evangelio, *es la ley*. Y Dios nos ha encomendado la ley. No hay nada equivocado en eso, pero ¿podemos disociarla del evangelio? ¿Qué es el evangelio?

Cristo colgando de la cruz, era el evangelio (CBA VI 113)

Dios nos ha dado ambas cosas: la ley y el evangelio. Ahora, ¿dónde os parece que ha puesto el poder?, ¿en la ley, o en el evangelio?

No me avergüenzo del *evangelio*, porque *es poder* de Dios para salvación de todo aquel que cree (Rom 1:16)

La palabra de la *cruz* es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, *es poder* de Dios (1 Cor 1:18)

Cristo es poder y sabiduría de Dios (1 Cor 1:24)

Lo que hemos de *hacer*, el bien que hemos de *hacer* (amar a Dios y al prójimo, la beneficencia) es la ley: es nuestra *respuesta* al evangelio.

Pero el evangelio no es lo que hemos de hacer, sino lo que *Dios hizo, está haciendo y seguirá haciendo* por nosotros en Cristo.

La respuesta al evangelio no puede venir *antes* que el propio evangelio. Responder a las demandas del evangelio *sin el evangelio*, sin Cristo como centro, sólo puede llevar al legalismo.

Es importante encuadrar nuestro servicio a los necesitados en el contexto del evangelio, de la cruz de Cristo y de su ministerio en el santuario.

Recordad esto:

- evangelio: lo que *Dios hace* por nosotros en el don de Cristo (ilustrado en el santuario, siendo la cruz su centro y la expiación final su conclusión)
- ley: lo que *nosotros* hemos de *hacer* en respuesta (amar a Dios, al prójimo, etc)

Es importante reconocer esa diferencia fundamental, ya que de no distinguir claramente ambas cosas, predicaremos la ley, la ley, la ley, hasta terminar tan secos como las colinas de Gilboa, ¡mientras creemos estar predicando el evangelio! Eso sucedió ya en nuestra historia denominacional, y el Señor nos envió un mensaje de buenas nuevas mediante los pastores Jones y Waggoner para remediar ese *déficit en la comprensión del evangelio*.

Prestemos atención a la parábola del buen samaritano que cita la Guía, y analicemos si nuestra tendencia natural es a comprender desde el punto de vista de la *ley*, o bien desde el punto de vista del *evangelio*. Está en Lucas 10:29-35:

El hombre herido junto al camino, fue:

- robado
- despojado de sus ropas
- herido y dejado medio muerto, dejado inconsciente

A diferencia del levita y el sacerdote, que pasaron de largo, el buen samaritano:

- vino
- lo vio
- se compadeció de él
- no le reprochó por estar en esa condición

Sin el consentimiento del hombre herido:

- se acercó
- echó aceite y vino en sus heridas
- vendó sus heridas
- lo puso sobre su cabalgadura
- lo llevó al mesón, lo cuidó durante toda la noche
- hizo provisión de dinero y de cuidado
- pagó el coste y dejó un depósito en su favor
- hizo provisión para sus necesidades futuras

La aplicación evidente y habitual es vernos en el buen samaritano, que nos enseña lo que hemos de *hacer* (“lo mismo” que él). Esa es la comprensión de la *ley* (absolutamente válida).

¿Encontramos también en esa parábola una ilustración del *evangelio*? Os invito a que nos veamos en el hombre herido, y que veamos a Cristo en el buen samaritano. Esa es la comprensión del evangelio para esa parábola:

Al ser vencido por Satanás, Adán (y con él nosotros), quedamos:

- despojados de las vestiduras
- heridos, magullados y golpeados
- dejados medio muertos
- robados
- dejados inconscientes de nuestra verdadera condición

Entonces, Jesús:

- vino
- nos vio
- tuvo compasión de nosotros
- no nos reprochó nuestra condición
- no nos presentó primeramente la ley

Sin que se lo pidiéramos, y sin pedir nuestro consentimiento:

- se acercó, haciéndose nuestro pariente más próximo
- curó nuestras heridas con aceite y vino
- vendó nuestras heridas
- nos vistió
- nos incorporó en su cabalgadura

- nos cuidó durante nuestra larga noche
- hizo provisión para nuestras necesidades
- nos puso bajo el cuidado de la iglesia
- pagó todas nuestras deudas
- hizo un depósito para nuestras futuras necesidades

Las dos aplicaciones son válidas, pero ¿cuál es la que tiene poder?

Mediante la historia del buen samaritano, Jesús pintó un cuadro de sí mismo y de su misión. El hombre había sido engañado, estropeado, robado y arruinado por Satanás, y abandonado para que pereciese; pero el Salvador se compadeció de nuestra condición desesperada. Dejó su gloria para venir a redimirnos. Nos halló a punto de morir, y se hizo cargo de nuestro caso. Sanó nuestras heridas. Nos cubrió con su manto de justicia. Nos proveyó un refugio seguro e hizo completa provisión para nosotros a sus propias expensas. Murió para redimirnos (*DTG 464*)

Una vez que Cristo ha ganado nuestro corazón, nos hace la indicación: “Ve, y haz tú lo mismo”. Cuando hemos recibido el evangelio de lo que Cristo hizo y hace por nosotros, no hace falta que nos forcemos o que nos sermoneen para servir a los necesitados, porque ese impulso surgirá espontáneamente de un corazón en el que habita Cristo.

Hay otra parábola que también pone a prueba si estamos orientados al evangelio o a la ley. Es la parábola de la perla de gran precio. Igual que sucede con la precedente, Cristo no la explicó: dejó esa tarea para nosotros. Encontramos la parábola en Mateo 13:46:

El reino de los cielos es semejante a un comerciante que busca buenas perlas, y al hallar una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía y la compró

¿Qué enseñanza extraemos? Solemos concluir que el tesoro del reino de los cielos es tan valioso, que *hemos de* desprendernos de todo lo necesario para adquirirlo. Debemos vender lo que tenemos para darlo a los pobres, hemos de sacrificarnos para servir a los necesitados... y eso no lo encontramos fácil. Sin embargo, ¡Cristo nos aseguró que su carga es ligera! Interpretar la parábola sólo desde el punto de vista de la ley hace que parezca difícil aquello que de otra forma resultaría fácil.

¿Es posible que esa parábola sea también una ilustración del evangelio? ¿Es posible que no sólo ilustre lo que hemos de hacer (ley), sino lo que Dios ha hecho por nosotros (evangelio)?

La parábola del tratante que busca buenas perlas tiene un doble significado: se aplica no solamente a los hombres que buscan el reino de los cielos, sino también a Cristo, que busca su herencia perdida. Cristo, el comerciante celestial, que busca buenas perlas, vio en la humanidad extraviada la perla de gran precio. En el hombre, engañado y arruinado por el pecado, vio las posibilidades de la redención. Los corazones que han sido el campo de batalla del conflicto con Satanás, y que han sido rescatados por el poder del amor, son más preciosos para el Redentor que aquellos que nunca cayeron. Dios dirigió su mirada a la humanidad, no como a algo vil y sin mérito; la miró en Cristo, y la vio cómo podría llegar a ser por medio del amor redentor.

Reunió todas las riquezas del universo y las entregó para comprar la perla
(PVGM 90)

Cuando los misioneros van a lugares distantes e inhóspitos, hacen un gran sacrificio, pero suelen dejar ciertas pertenencias en “casa”, en la esperanza de regresar algún día. Cuando el eterno Hijo de Dios abandonó el cielo para venir a esta tierra a salvarnos, ¿conservó algo allí? No sólo no dejó ninguna pertenencia, sino que “reunió todas las riquezas del universo y las entregó para” “servir a los necesitados”, a vosotros y a mí, y a todos los demás.

El Señor, mediante esas dos parábolas, nos regala una perspectiva gloriosa respecto a nuestra implicación en la obra benéfica, y nos provee la verdadera motivación:

Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre siendo rico, para que vosotros con su pobreza fuerais enriquecidos (2 Cor 8:9)

De gracia recibisteis, dad de gracia (Mat 10:8)

CREÓ DIOS

(lección para el sábado 6 de junio de 2019)

Es refrescante que en la primera lección, el autor de la Guía haya escogido comenzar por el evangelio: el evangelio en la creación.

No hay duda: la creación no es lo que hemos de hacer ni lo que hicimos; no es nuestra obra, sino la obra de Dios. Eso mismo sucede en la redención.

Esta es la declaración de Ellen White que se destaca en la sección del viernes:

Cada manifestación del poder creador es una expresión del amor infinito
(PP 33)

Ese amor infinito de Dios en la creación es el mismo amor infinito puesto en acción para la redención, una vez que entra el pecado en este mundo.

Leed los primeros tres capítulos de Génesis, y veréis que todo son buenas nuevas, todo es evangelio. El único mandamiento expreso se encuentra en Génesis 2:17:

Del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás

Desde luego, eso era cualquier cosa, menos una obligación penosa. Menos penosas todavía eran las indicaciones relativas a lo que debía comer el hombre, al cuidado del jardín del Edén o a la unión matrimonial, y lo que es más significativo aún es no encontrar ningún mandamiento en todo el capítulo tercero, tras la caída del hombre, sino sólo buenas nuevas.

La buena nueva, el evangelio, se intensifica y dramatiza tras la incursión del pecado. En Génesis 3:15 leemos:

Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el talón

Aunque dirigidas a la serpiente, son palabras pronunciadas en presencia del hombre, y equivalen a la promesa de la victoria de la justicia, la misericordia y la verdad de Dios en el conflicto de los siglos, obrada mediante su simiente: Cristo. Lo mismo que el evangelio en el mensaje del primer ángel, se expresa en un contexto de juicio: va a ser aplastada la cabeza de la serpiente. Y se nos bendice permitiéndonos participar de una forma activa en esa victoria:

El Dios de paz aplastará muy pronto a Satanás *bajo vuestros pies* (Rom 16:20)

Hasta incluso la aparente maldición de la tierra resulta ser una bendición:

Maldita será la tierra por amor de ti ... con el sudor de tu rostro comerás el pan (Gén 3:17-19)

Ese mismo trabajo ... le sirvió de salvaguardia contra la tentación y como fuente de felicidad. Están en gran error los que consideran el trabajo como una maldición, si bien este lleva aparejados dolor y fatiga (*PP* 31-32)

La propia muerte es una bendición. El pecado ha hecho que así sea en muchas ocasiones. Los que mueren en Cristo, reposan y están a salvo de las tentaciones del enemigo para siempre. Nada puede hacer ya contra ellos. Vencieron.

Es interesante observar que Dios creó la tierra con su palabra, y de igual forma nos limpia del pecado con su palabra:

Ya vosotros sois limpios por la palabra que os he hablado (Juan 15:3)

¿Con qué limpiaré el joven su camino? Con guardar tu palabra (Sal 119:9)

Pero de una forma particular en la creación del hombre, Dios se acercó mucho y nos "tocó" con sus manos. Luego nos hizo el boca-nariz y nos infundió el espíritu vivificante.

Lo mismo sucede en la redención:

Aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (Juan 1:14)

Por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo (Heb 2:14)

Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente; el postrer Adán, espíritu que da vida (1 Cor 15:45)

Jesús manifestó frecuentemente su poder creador/restaurador en el ministerio de curación, mediante su uso de la *palabra* y mediante su acercamiento hasta *tocar* a las personas objeto del milagro restaurador.

Cristo se acerca a nosotros, no con la ley, sino con el evangelio.

Es digno de mención que la propia ley, el decálogo, no comienza con “no tendrás dioses ajenos delante de mí”, ni comienza con nada que debamos hacer nosotros, sino con el evangelio, con la buena nueva de lo que *Dios ha hecho* ya por nosotros:

Yo soy Jehová, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre (Éxodo 20:2; Deut 5:6)

Observad que “fuiste siervo en tierra de Egipto, y ... Jehová, tu Dios, te sacó de allá con mano fuerte y brazo extendido” es evangelio: la *obra de Dios* librándonos de la esclavitud del pecado.

El sábado es recordatorio de la obra de Dios -del evangelio- en la creación y en la redención. Este es el mandamiento del sábado en Deuteronomio (5:12-14):

Guardarás el sábado para santificarlo, como Jehová, tu Dios, te ha mandado. Seis días trabajarás y harás toda tu obra, pero el séptimo día es de reposo para Jehová, tu Dios. Ninguna obra harás tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu buey, ni tu asno, ni ningún animal tuyo, ni el extranjero que está dentro de tus puertas, para que tu siervo y tu sierva puedan descansar como tú

El versículo que lo sigue relaciona directamente el sábado con el evangelio: con lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo:

Acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto, y que Jehová, tu Dios, te sacó de allá con mano fuerte y brazo extendido, por lo cual Jehová, tu Dios, te ha mandado que guardes el sábado (vers. 17)

Por lo tanto, el sábado no es una “obra” que nosotros realizamos, sino un recordatorio, un *reposo* en la obra que Dios realiza en la creación (Éxodo 20) y en la redención (Deuteronomio 5).

De esa forma, el evangelio está en el principio (preámbulo) y en el centro de la ley (mandamiento del sábado). Se podría decir que el evangelio, Cristo, es el *primero* y el *centro* de la ley. Siendo así, Cristo (el evangelio) es la única motivación válida para lo que se espera que hagamos (la ley) en favor del prójimo.

Es significativo que Jesús escogió especialmente el sábado para efectuar sus milagros de sanación, que en la mayoría de ocasiones no iban dirigidos a lesionados en accidentes o enfermedades repentinas, sino a dolencias crónicas. Eso no deja dudas respecto a la intención del Salvador de dedicar especialmente los sábados a ese ministerio de beneficencia. Cristo, el evangelio, es la razón para “servir a los necesitados”.

Acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto, y que Jehová, tu Dios, te sacó de allá con mano fuerte y brazo extendido (Deut 5:17)

Eso da un sentido especial a nuestra mayordomía, a nuestra responsabilidad con el manejo de los bienes recibidos. De ser esclavos -tras la caída-, hemos pasado a ser mayordomos -como Adán previamente a la caída-: administradores de bienes ajenos cuyo propietario es nada menos que el Dios todopoderoso. Y uno de los bienes más preciosos sobre los que nos ha encomendado que velemos es “nuestro hermano”, que no es solamente el que se sienta cerca de nosotros en la iglesia, sino cada uno de los seres humanos a los que Cristo creó y por los que dio su vida.

Como leemos en la Guía, “sin duda, ‘soy guarda de mi hermano’” (p. 12). Eso, a la luz del evangelio, no es una carga, sino un privilegio y una bendición. Estas son

palabras del Señor Jesús, que dijo: “Más bienaventurado es dar que recibir” (Hechos 20:35)

En Salmo 81:10 leemos una frase cuyo significado ya conocemos (evangelio):

Yo soy Jehová tu Dios, que te hice subir de la tierra de Egipto

En los dos versículos precedentes, leemos:

Israel, si me oyes, no habrá en ti dios ajeno, ni te inclinarás a dios extraño

Dice virtualmente: ‘Si me oyes, si prestas atención al evangelio, a lo que yo he hecho ya por ti, cada uno de los mandamientos se transformará en una magnífica promesa. Recíbeme en tu corazón, y te garantizo que no tendrás dioses ajenos, no robarás, no matarás...’ Es decir: amarás a Dios sobre todas las cosas, y a tu prójimo como a ti mismo.

Habiendo recibido la mente de Cristo, ya no *habrás de ser* guarda de tu hermano, sino que *serás* guarda de tu hermano, lo atenderás, y lo harás con alegría y con paz según la promesa divina:

Jehová, tú nos darás paz, porque también hiciste en nosotros todas nuestras obras (Isaías 26:12)

Ojalá que podamos estudiar con provecho las lecciones en este trimestre, siendo Cristo el centro y motivación de todo lo que somos y hacemos.